

UNANIME coincidencia, salvo contadas excepciones, sobre el mensaje del Presidente Suárez al país desde las cámaras de TVE: Bien, muy bien. Los españoles han escuchado un haz de palabras firmes, realistas y serenas sobre la situación creada a raíz de los recientes acontecimientos terroristas. Las razones del Gobierno han convencido: **De entreguismo a la subversión, nada; de actitudes tibias hacia las provocaciones, nada; de despreocuparnos ante los grandes temas que puedan rozar la unidad, la independencia o la seguridad de la Patria, nada; pero, sin embargo, de actitud y predisposición al diálogo pacífico, todo; de abrir el juego político para normalizar la vida ciudadana, todo; del reconocimiento a la peculiaridad y personalidad de las regiones, todo; de hacer posible que las diversas opciones políticas puedan desarrollar sus legítimas aspiraciones al poder, absolutamente todo.**

En ese sumario programa de negaciones y afirmaciones expuesto por el Presidente Suárez se expresan cuantas cosas son imposibles, por degradantes para el poder, y cuantas otras se ha trazado el Gobierno para lograr la normalización total de nuestra vida política y, en resolución, establecer sobre sólidas bases la concordia nacional.

Por lo que se refiere al terrorismo, Adolfo Suárez ha sido explícito: Que nadie espere una receta mágica, un conjunto de medidas milagrosas capaces de pararlo en seco y erradicarlo.

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE

EL terrorismo, como sabemos, es un tema que toca de lleno a las autoridades del Gobierno, las cuales hacen todo lo humanamente posible por combatirlo. Mas, al mismo tiempo, es un problema que exige una respuesta general, una contestación del común de los ciudadanos que aborrecen de la violencia. «El éxito de la lucha contra la guerrilla urbana —ha dicho el Presidente— depende del espíritu con que toda la sociedad quiera responder.» Y la respuesta es sencilla: no dejarse intimidar; no dejarse manejar; no creer que la lacra terrorista se extirpa por la simple utilización de la represión, y sobre todo, otorgar un amplio margen de confianza al Gobierno para que, con absoluta sangre fría, juegue sus bazas contra los criminales y contra los perturbadores del orden público, que tanto contribuyen a crear un caldo de cultivo apto para las acciones de los agentes del crimen, ocasionales o profesionales. Se equivocan de medio a medio quienes opinan que el problema se resuelve con altas dosis de *mano dura*, con mazaos a diestro y siniestro. Táctica semejante conlleva mucho ruido y pocas nueces. En el largo capítulo que la guerrilla ha escrito con sangre en un montón de países, sólo una cosa ha quedado archidemostrada: Que allí donde hay un asesino dispuesto a matar existe la posibilidad de que se cometa un crimen. Es enormemente elemental, pero contundentemente cierto.

ES posible que algún día nos sea dado conocer el, hoy por hoy, oscuro misterio de la acción terrorista en nuestra Patria. Por encima de cualquier otra

consideración creemos que está bien patente una: Determinadas fuerzas coinciden en tratar de abortar nuestro proceso de desarrollo político. Hace un año se esperaba que España se hiciera pedazos al desaparecer la autoridad de Franco y entrar en una nueva fase histórica. No sólo se conjuró sin aparente esfuerzo alguno el peligro, sino que el pueblo español entró ordenadamente en un proyecto de democratización, impulsado por la Corona, ejecutado por el Gobierno y aceptado por las Cortes.

Era mucho más de lo que nadie había previsto y, por tanto, provocó la consternación y la furia de concretos y desconocidos centros antidemocráticos o de quienes se ocupan de guardar celosamente, sin reparar en los medios para conseguirlo, que no se desequilibre la **balanza del poder** en el mundo. España, no se olvide, constituye uno de los centros máximos de la estrategia internacional y no es la primera vez que en la Península Ibérica se dan cita los apetitos políticos de signo contrario que mantienen una lucha por el dominio de la hegemonía mundial.

Estamos pagando un alto precio por nuestra evidenciada voluntad de ser un país que busca su lugar en la historia y que desea ocuparlo pacífica y ordenadamente, sin ser un suceso bochornoso, en cuanto sociedad, para nosotros mismos y un trágico espectáculo para las naciones que nos contemplan. Tal es nuestra grandeza y nuestra servidumbre.

Cristóbal PAEZ